mentos, el procurar la limpieza y adorno de los ornamentos y cosas sagradas, el cumplir exactamente con las rubricas de la misa. Todo esto se ve practicado por los sacerdotes que siguen estos santos ejercicios, y no pocos se han entregado muy de veras al camino de la perfeccion y al ejercicio de la oracion mental.

Conocia bien Vicente los abundantes frutos que daban estos ejercicios, y solia decir, que procurar á la Iglesia buenos ministros, era hacer el oficio de Jesucristo, cuyo cuidado principal fué dar al mundo doce santos sacerdotes en sus doce apóstoles; y añadia: «¿Quién podrá, pues, conocer perfectamente la dignidad de «este santo empleo, cuya dedicacion se contrae á formar buenos «sacerdotes? La divina gracia no puede inspirar trabajo de ma«yor escelencia, porque no hay grado mas sublime que el del sa«cerdote. Ahora entendereis, pues, como sois llamados para rea«lizar la obra mas eminente, y como Dios os ha confiado la gra«cia de mayor precio." De este modo exhortaba á los suyos á que se empleasen dignamente en tan provechosa ocupacion.

Con el objeto de evitar el orgullo que esta pudiera inspirarles y para cimentarlos mas en la humildad, al mismo tiempo inspiraba en sus corazones un bajo sentimiento de sí mismos y un desprecio de la honra, diciéndoles, que Dios se valia de los misioneros por su misma bajeza y poco talento, así como en los sacramentos se sirve de materias viles para la santificacion de las almas. Con estraordinario sentimiento de humildad esclamaba algunas veces: «¡Ay de mí! ¿qué proporcion hay entre nosotros «miserables y un empleo tan santo? ¿Cómo nos eligió Dios pa«ra tan noble empresa? La causa no puede ser otra, mas que «nuestra misma miseria; porque ordinariamente escoge el Se«ñor las cosas mas bajas para las obras mas sublimes de su gra«cia; por lo cual debemos aniquilarnos, y reconocer que en este «empleo nada podemos hacer si Dios no pone su santa mano."

Concluiremos este capítulo refiriendo algunos avisos que daba Vicente á los suyos para la mejor direccion de estos ejercicios. En primer lugar les encargaba la humildad, como fundamento del edificio de la perfeccion, queriendo que se considerasen enteramente indignos de esta ocupacion, y que se portasen con el mayor respeto con los ordenandos, sin manifestar autoridad alguna sobre ellos; «porque, decia, nada ha contribui-

«do hasta ahora para el buen éxito de esta obra, mas que la hu«mildad y la pura intencion de agradar á Dios; por lo cual de«bemos preservarnos del maldito espíritu de la vanidad, que nos «conduzca insensiblemente á decirles cosas elevadas, porque es«to en vez de edificar destruiria lo edificado."

Juzgaba tambien necesario que en esta funcion anduviese acompañada la humildad con la sencillez, y por esto decia que las verdades que se enseñan se reciben mejor cuando se enseñan en estilo sencillo, y van solo vestidas con su adorno natural. Parecíale tan importante este aviso, que cuando alguno de los suyos al predicar á los ordenandos se dejaba llevar de la elocuencia, le pedia y le rogaba, muchas veces de rodillas, que se venciese y usase el estilo llano, valiéndose particularmente de aquellas voces que mas mueven á la devocion: la sobrada elocuencia mas divierte que aprovecha. De la misma manera encargaba la claridad en la esplicacion de las materias morales, en que se empleaban en estos ejercicios tres horas diarias, queriendo que los de poco ingenio é ignorantes de la teología moral, pudiesen sacar algun fruto.

Tambien queria, que cuando asistiesen los ordenandos á los oficios divinos y á la misa cantada, que durante los ejercicios se celebraba cada dia, asistiesen con la mayor reverencia, y les enseñasen con grave humildad las sagradas ceremonias de la Iglesia, para que no solo aprendiesen lo que debian saber, sino tambien el modo de hacerlo como buenos eclesiásticos. Recordaba á los suyos que para sacar provecho del trato de aquellos eclesiásticos, era necesaria la comunicacion con Dios por medio de la oracion, aprendiendo en ella lo que habian de hablar despues. «Dios, decia, es una corriente viva de luz y de amor; de él he«mos de recibir lo que tenemos de decir á los otros; debemos va«ciarnos de nuestro propio espíritu y de nuestros sentimientos «particulares, para llenarnos de la gracia del Espíritu Santo, el «único que alumbra el entendimiento é inflama la voluntad."

Exhortaba finalmente á los hermanos destinados á los servicios domésticos, á que cooperasen en cuanto pudiesen á la santificacion de los ordenandos: «Tal vez, decia, la misericordia de «Dios hará algun bien á estos señores por las oraciones de un «hermano, quien no teniendo ocasion de tratar con ellos por es«tar siempre ocupado en su trabajo, puede volverse á Dios mu-

« chas veces y rogarle que llene de bendiciones los ejercicios de « las órdenes, y tal vez con motivo de la buena disposicion de su « corazon, nuestro Señor hará venturosos efectos por sus súpli- « cas: *Desiderium pauperum exaudivit Dominus, praeparationem cor- « dis eorum audivit auris tua.* Santa Teresa, viendo la necesidad « que tenia la Iglesia de buenos sacerdotes, rogaba de continuo « á su Divina Magestad por tan importante negocio, y hacia que « sus monjas pidiesen tambien en sus oraciones al Señor, que se « dignase enviar buenos operarios á su viña; y tal vez las mejo- « ras que ahora se notan en el estado eclesiástico, en parte son « efecto de la devocion de esta gran santa." Bien se deja ver el grande amor de Dios y el zelo por el decoro de su Iglesia que tenia este corazon, tan glorioso en sus deseos como poderoso en sus obras.

CAPITULO XVIII.

De las conferencias espirituales de los eclesiásticos.

La Divina Providencia dispuso el camino para que se estableciesen las conferencias espirituales del modo siguiente. Algunos buenos sacerdotes que habian tomado los ejercicios para recibir los órdenes sagrados y por medio de ellos habian alcanzado singulares gracias de la misericordia divina, llenos de aquel fervor que deja en las almas la gracia espiritual, sintieron un vivo deseo de conservarse en el estado que se encontraban cuando salian de la casa de la mision. Con este objeto vieron á Vicente, y le suplicaron que los encaminase por la senda de la perfeccion, dándoles los medios mas propios, segun su estado, para desempeñar bien sus obligaciones y honrar la vocacion que Dios les habia dado. Con mucho regocijo oyó el zeloso Vicente esta súplica, y acogiéndolos con ternura, los animó á que emprendiesen la obra que mas á propósito le parecia para llegar al fin que deseaban. Dispuso que uno de ellos, que era doctor en teología, fuese en compañia de los misioneros á trabajar por el bien del pueblo pobre, y á los demas les encomendó que se ocupasen unos

dias en hacer una breve mision á unos canteros que no lejos de allí estaban ocupados en la fábrica de una iglesia.

Entre estos buenos eclesiásticos habia uno que conocia bien á Vicente, y sabia la gran virtud y eficacia con que hablaba de las cosas de Dios y movia los corazones, y por esto le pidió que los reuniese de cuando en cuando y les dijese algunas pláticas espirituales, á fin de encender en sus pechos el amor divino y despertarles el vivo deseo de ocuparse en el servicio del Señor. No consintió de pronto nuestro Vicente, por razon de su humildad, en lo que le pedian, sino que quiso darse tiempo para consultarlo en la oracion, pues en las determinaciones espirituales acostumbraba no llevarse del primer impulso. Pasados quince dias, fué Vicente á ver uno por uno á aquellos sacerdotes, y les propuso dar á todos un método para practicar algunos ejercicios conformes con su estado; pero sin obligarlos á vivir juntos, sino solamente á asistir un dia en la semana en el lugar que les señalase para tratar de lo perteneciente á su propio aprovechamiento espiritual y á la grandeza del ministerio del sacerdocio.

Aprobaron todos tan buen pensamiento, y Vicente para confirmarlos mas en los vivos deseos con que emprendian aquella obra, les señaló el dia en que se habia de celebrar la primer junta, y en ella les manifestó la grande utilidad de las conferencias, que siempre se habian usado en la Iglesia, y por medio de las cuales los padres del Yermo habian hecho rápidos progresos en el camino de la perfeccion evangélica; prueba era esta de que en ella encontrarian lo que buscaban. De allí á pocos dias se volvieron á reunir, y trataron del espíritu eclesiástico: eligieron algunos funcionarios que debian serlo bajo la direccion de Vicente y sus sucesores, y desde ese dia, que fué el 16 de Julio de 1633, se ha continuado verificando todos los martes la conferencia, habiendo dado para ello su licencia el Illmo. Sr. arzobispo de Paris. Usase en estas conferencias un estilo sencillo y claro, sin afectacion ni pretensiones de vana retórica, y con este lenguage del corazon han comunicado su zelo á cuantos asisten á ellas.

Al cabo de algun tiempo, recordando el siervo de Dios la palabra que les habia dado, ordenó una regla de vivir utilísi-